



# Visita al territorio de Georges Perec

GEORGES PEREC

*Las cosas*



ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

Incalculable are the benefits civilization has brought us, incommensurable the productive power of all classes of riches originated by the inventions and discoveries of science. Inconceivable the marvellous creations of the human sex in order to make men more happy, more free, and more perfect. Without parallel the crystalline and fecund fountains of the new life which still remains closed to the thirsty lips of the people who follow in their griping and bestial tasks.

MALCOLM LOWRY

## **Primera parte**

# 1

La mirada, primero, se deslizaría por la moqueta gris de un largo pasillo, alto y estrecho. Las paredes serían armarios empotrados de madera clara, cuyos herrajes de cobre brillarían. Tres grabados, representando uno a Thunderbird, vencedor de Epsom, otro un barco de rueda, el *Ville-de-Montereau*, el tercero una locomotora de Stephenson, llevarían a un cortinaje de piel, sostenido por gruesas anillas de madera negra veteada, que un simple movimiento bastaría para correr. La moqueta, entonces, daría paso a un parquet casi amarillo, cubierto parcialmente por tres alfombras de colores apagados.

Sería una sala de estar, de unos siete metros de largo y unos tres de ancho. A la izquierda, en una especie de alcoba, un gran diván de cuero negro desgastado estaría flanqueado por dos librerías de madera clara de cerezo en las que se amontonarían libros en desorden. Sobre el diván, un portulano ocuparía toda la longitud del panel. Más allá de una mesita baja, debajo de un tapiz de oración de seda sujeto a la pared por tres clavos de cobre de cabeza gruesa, y que haría juego con el cortinaje de piel, otro diván, perpendicular al primero, tapizado de terciopelo marrón claro, conduciría a un pequeño mueble alto, lacado de color rojo oscuro, provisto de tres anaqueles que sostendrían diversos bibelots: ágatas y huevos de piedra, cajas de rapé, bomboneras, ceniceros de jade, una concha de nácar, un reloj de bolsillo de plata, un cristal tallado, una pirámide de cristal, una miniatura en un marco oval. Más lejos, después de una puerta acolchada, unos estantes superpuestos, ocupando el ángulo, contendrían álbumes y discos, al lado de un

tocadiscos cerrado del que sólo se distinguirían cuatro botones de acero rayados con líneas entrecruzadas, y sobre éste, un grabado representando el *Gran desfile de la fiesta del Carrousel*. Por la ventana, provista de cortinas blancas y pardas a imitación de la tela de Jouy, se divisarían algunos árboles, un parque minúsculo, un trozo de calle. Un secreter de persiana atestado de papeles, plumieres, iría acompañado de una butaquita de rejilla. En una consolita habría un teléfono, una agenda de piel, un bloc. Luego, más allá de otra puerta, tras una librería giratoria, baja y cuadrada, rematada por un gran florero cilíndrico de decoración azul, lleno de rosas amarillas, sobre la que colgaría un espejo oblongo enmarcado de caoba, una mesa estrecha, provista de dos banquetas tapizadas de tela escocesa, llevaría de nuevo al cortinaje de piel.

Todo sería pardo, ocre, leonado, amarillo: un universo de colores algo amustiados, de tonos cuidadosa, casi preciosamente dosificados, en medio de los cuales sorprenderían algunas manchas más claras, el anaranjado casi chillón de un cojín, algunos volúmenes abigarrados perdidos entre las encuadernaciones en piel. En pleno día, la luz, entrando a chorros, daría a esta estancia un tono algo triste, a pesar de las rosas. Sería una estancia para el atardecer. Entonces, en invierno, corridas las cortinas, con algunos puntos de luz —el ángulo de las librerías, la discoteca, el secreter, la mesa baja entre los dos sofás, los vagos reflejos en el espejo— y las grandes zonas de sombras en las que brillarían todas las cosas, la madera pulimentada, la seda densa y rica, el cristal tallado, la piel flexible, sería un puerto de paz, una tierra de felicidad.

La primera puerta daría a un dormitorio, con el suelo cubierto por una moqueta clara. Una gran cama inglesa ocuparía todo el fondo. A la derecha, a cada lado de la ventana, dos estanterías estrechas y altas contendrían algunos libros incansablemente manejados, álbumes, barajas, botes, collares, baratijas. A la izquierda, un viejo armario de roble y dos galanes de noche de madera y cobre se

hallarían frente a una butaquita rechoncha tapizada con una seda gris finamente listada y un tocador. Una puerta entreabierta, que daría a un cuarto de baño, descubriría gruesos albornoces, grifos de cobre en forma de cuello de cisne, un gran espejo orientable, un par de navajas inglesas y su funda de cuero verde, frascos, cepillos con mango de cuerno, esponjas. Las paredes del dormitorio estarían tapizadas de indiana; la cama estaría cubierta con una manta escocesa. En una mesilla de noche, rematada en tres lados por una barandilla de cobre calada, habría un candelero de plata con una pantalla de seda gris muy pálida, un reloj cuadrangular, una rosa en una copa y, en la tablilla inferior, unos periódicos doblados, unas cuantas revistas. Más lejos, a los pies de la cama, habría un gran puf de cuero natural. En las ventanas, los visillos de gasa se deslizarían por varillas de cobre; las cortinas, grises, de una lana gruesa, estarían medio corridas. En la penumbra, la habitación resultaría aún clara. En la pared, por encima de la cama preparada para la noche, entre dos lamparillas alsacianas, la asombrosa fotografía, en blanco y negro, estrecha y larga, de un pájaro en pleno vuelo, sorprendería por su perfección algo formal.

La segunda puerta se abriría a un despacho. Las paredes estarían totalmente cubiertas de libros y revistas, con, aquí y allá, para romper la sucesión de las encuadernaciones en piel y en rústica, algunos grabados, dibujos, fotografías —el *San Jerónimo* de Antonello da Messina, un detalle del *Triunfo de San Jorge*, una prisión de Piranesi, un retrato de Ingres, un pequeño paisaje a pluma de Klee, una fotografía ennegrecida de Renan en su gabinete de trabajo del Collège de France, un gran almacén de Steinberg, el *Melanchton* de Cranach—, fijados en paneles de madera empotrados en los estantes. Un poco a la izquierda de la ventana y en posición ligeramente oblicua, una larga mesa de Lorena estaría cubierta por un gran secante rojo. Platillos de madera, largos plumieres, botes de todo tipo contendrían lápices, clips, grapas,

pinzas. Un ladrillo de vidrio serviría de cenicero. Una caja redonda, de cuero negro, decorada con arabescos en oro fino, estaría llena de cigarrillos. La luz provendría de una vieja lámpara de despacho, difícilmente orientable, provista de una pantalla de opalina verde en forma de visera. A cada lado de la mesa, casi frente por frente, habría dos sillones de madera y cuero, con altos respaldos. Más a la izquierda aún, una mesa estrecha estaría atestada de libros. Un gran sillón de piel color verde botella llevaría a unos archivadores metálicos grises, a unos ficheros de madera clara. Una tercera mesa, más pequeña aún, sostendría una lámpara sueca y una máquina de escribir cubierta con una funda de hule. Al fondo, habría una cama estrecha, cubierta de terciopelo azul de ultramar, llena de cojines de todos los colores. Un trípode de madera pintada, casi en el centro de la estancia, sostendría una esfera terrestre de alpaca y cartón piedra, ingenuamente ilustrada, falsamente antigua. Detrás del escritorio, medio oculto por la cortina roja de la ventana, un escabel de madera encerada podría deslizarse a lo largo de un riel de cobre que daría la vuelta a la estancia.

La vida, allí, sería fácil, sería simple. Todas las obligaciones, todos los problemas que implica la vida material hallarían una solución natural. Cada mañana iría una asistente. Cada quince días traerían el vino, el aceite, el azúcar. Habría una cocina espaciosa y clara, con azulejos blasonados, tres platos de loza decorados con arabescos amarillos, con reflejos metálicos, armarios por todas partes, una hermosa mesa de pino en el centro, taburetes, bancos. Sería agradable ir a sentarse allí, cada mañana, después de una ducha, apenas vestido. Habría en la mesa una gran mantequera de gres, tarros de mermelada, miel, tostadas, pomelos cortados por la mitad. Sería temprano. Sería el comienzo de un largo día de mayo.

Abrirían su correspondencia, leerían los periódicos. Encenderían un primer cigarrillo. Saldrían. Su trabajo sólo los ocuparía unas horas, por la mañana. Se encontrarían para almorzar, un bocadillo o un filete a la plancha, según su humor, se tomarían un café en una terraza, luego volverían a casa, andando, lentamente.

Rara vez estaría ordenado su piso, pero su mismo desorden constituiría su mayor atractivo. Lo cuidarían apenas: vivirían en él. La comodidad ambiente se les antojaría un hecho incontrovertible, un dato inicial, un estado de su naturaleza. Su atención se centraría en otras cosas: en el libro que abrirían, en el texto que escribirían, en el disco que escucharían, en su diálogo reanudado a diario. Trabajarían mucho tiempo. Luego cenarían o saldrían a cenar; se encontrarían con los amigos; pasearían juntos.

A veces les parecería que una vida entera podría desarrollarse armoniosamente entre aquellas paredes cubiertas de libros, entre aquellos objetos tan perfectamente domesticados que habrían acabado creyéndolos hechos para su uso único, entre aquellas cosas bellas y simples, suaves, luminosas. Pero no se sentirían atados a ellas: ciertos días, irían a la aventura. Ningún proyecto les sería imposible. No conocerían el rencor, ni la amargura, ni la envidia. Pues sus medios y sus deseos se armonizarían en todo punto, en todo tiempo. Darían a este equilibrio el nombre de dicha y, con su libertad, su prudencia, su cultura, sabrían preservarla, descubrirla en cada instante de su vida común.



## 2

Les habría gustado ser ricos. Creían que habrían sabido serlo. Habrían sabido vestir, mirar, sonreír como la gente rica. Habrían tenido el tacto, la discreción necesarios. Habrían olvidado su riqueza, habrían sabido no exhibirla. No se habrían vanagloriado de ella. La habrían respirado. Sus placeres habrían sido intensos. Les habría gustado andar, vagar, elegir, apreciar. Les habría gustado vivir. Su vida habría sido un arte de vivir.

Estas cosas no son fáciles, al contrario. Para aquella pareja joven, que no era rica pero que deseaba serlo simplemente porque no era pobre, no existía situación más incómoda. No tenían más que lo que merecían tener. Soñando como soñaban con espacio, luz, silencio, eran devueltos a la realidad, ni siquiera tétrica, sino simplemente angosta —y era tal vez peor—, de su vivienda exigua, sus comidas diarias, sus vacaciones pobretonas. Era lo que correspondía a su situación económica, a su posición social. Era su realidad, y no tenían otra. Pero existían, al lado de ellos, en torno suyo, a lo largo de las calles por las que no podían no andar, las ofertas falaces, y sin embargo tan cálidas, de los anticuarios, los tenderos, los libreros. Desde el Palais Royal hasta Saint-Germain, desde el Champ-de-Mars hasta la Étoile, desde el Luxembourg hasta Montparnasse, desde la isla de Saint-Louis hasta el Marais, desde Les Ternes hasta la Opéra, desde la Madeleine hasta el parque Monceau, todo París era una perpetua tentación. Ansiaban sucumbir a ella, con embriaguez, enseguida y para siempre. Pero el horizonte de sus deseos estaba tenazmente cerrado; sus grandes sueños imposibles pertenecían al mundo de la utopía.

Vivían en un piso diminuto y encantador, de techo bajo, que daba a un jardín. Y acordándose de su anterior cuarto de servicio —un pasillo oscuro y estrecho, caluroso, de olores tenaces—, vivieron al principio en una especie de embriaguez, renovada cada mañana con el piar de los pájaros. Abrían las ventanas y, durante largos minutos, perfectamente felices, miraban su patio. La casa era vieja, no ruinosa aún, pero vetusta, agrietada. Los pasillos y las escaleras eran estrechos y sucios, empapados de humedad, impregnados de humos grasientos. Pero entre dos grandes árboles y cinco jardincitos minúsculos, de formas irregulares, la mayoría abandonados, pero ricos en césped ralo, flores en macetas, matorrales, incluso estatuas ingenuas, discurría una calle de gruesos adoquines irregulares, que daba al conjunto un aire campesino. Era uno de esos pocos lugares de París donde, ciertos días de otoño, después de la lluvia, subía a veces del suelo un olor, casi intenso, a bosque, a humus, a hojas podridas.

Nunca se cansaron de aquellos encantos y siempre permanecieron tan espontáneamente sensibles a ellos como en los primeros días, pero resultó evidente, tras unos meses de una alegría demasiado despreocupada, que no bastarían para hacerles olvidar los defectos de su vivienda. Acostumbrados a vivir en habitaciones insalubres donde lo único que hacían era dormir, y a pasarse los días en cafés, necesitaron mucho tiempo para percatarse de que las funciones más triviales de la vida cotidiana —dormir, comer, leer, charlar, lavarse— exigían cada una un espacio específico, cuya ausencia notoria comenzó desde entonces a dejarse sentir. Se consolaron lo mejor que pudieron, felicitándose por la excelencia del barrio, la proximidad de la la calle Mouffetard y el Jardin des Plantes, la tranquilidad de la calle, la distinción de sus techos bajos, y el esplendor de los árboles y el patio en todas las estaciones; pero, dentro, todo empezaba a desmoronarse bajo el amontonamiento de los objetos, los muebles, los libros, los platos,

los papeles, las botellas vacías. Empezaba una guerra de desgaste de la que nunca saldrían victoriosos.

Con una superficie total de treinta y cinco metros cuadrados, que nunca se atrevieron a comprobar, su piso constaba de un recibidor minúsculo, una cocina exigua, la mitad de la cual había sido transformada en baño, un dormitorio de dimensiones modestas, una habitación para todo —biblioteca, sala de estar o de trabajo, cuarto de invitados— y un espacio mal definido, entre trastero y pasillo, donde lograban tener cabida una nevera de formato pequeño, un calentador eléctrico, un ropero improvisado, una mesa en la que comían y un baúl para la ropa sucia que asimismo les servía de banco.

La falta de espacio resultaba tiránica ciertos días. Se asfixiaban. Pero aunque hicieran retroceder los límites de sus dos cuartos, derribaran paredes, inventaran pasillos, armarios empotrados, trasteros, imaginaran roperos modélicos, aunque se anexionaran en sueños los pisos contiguos, siempre acabarían encontrándose con lo suyo, lo único suyo: treinta y cinco metros cuadrados.

Claro que cabía hacer algunos arreglos juiciosos: podía desaparecer un tabique, dejando libre un amplio rincón mal utilizado, podía sustituirse ventajosamente un mueble demasiado grande, podía surgir una serie de armarios empotrados. Sin duda, sólo con que se pintara, limpiara, arreglara con amor, su vivienda hubiera sido indiscutiblemente encantadora, con su ventana de cortinas rojas y su ventana de cortinas verdes, con la larga mesa de roble, algo coja, comprada en el mercado de Les Puces, que ocupaba toda la largura de una pared, debajo de la bellísima reproducción de un portulano, y que mediante una pequeña escribanía con persiana estilo Segundo Imperio, de caoba incrustada con varillas de cobre, de las que faltaban algunas, estaba separada en dos zonas de trabajo, para Sylvie a la izquierda, para Jérôme a la derecha, cada una marcada por un mismo secante rojo, un mismo ladrillo de vidrio, un mismo bote para lápices; con su viejo tarro de vidrio engastado de estaño que había sido transformado en lámpara, con su decalitro

para grano de madera delgada reforzada con metal que servía de papelera, con sus dos butacas heteróclitas, sus sillas de paja, su taburete vaquero. Y se habría desprendido del conjunto, limpio y nítido, ingenioso, un calor amigable, un ambiente simpático de trabajo, de vida en común.

Pero la mera perspectiva de las obras los asustaba. Hubieran tenido que pedir prestado, ahorrar, invertir. No se resignaban a ello. Les faltaba ánimo: sólo pensaban en términos de todo o nada. La librería sería de roble claro o no sería. No era. Los libros se apilaban en dos estantes de madera sucia, y en doble hilera, en el interior de unos armarios empotrados que nunca hubieran tenido que servir para esto. Durante tres años funcionó mal un enchufe, sin que se decidieran a llamar a un electricista, mientras corrían, por casi todas las paredes, cables con empalmes toscos y alargues feos. Necesitaron seis meses para cambiar un cordón de las cortinas. Y el menor fallo en el mantenimiento diario se traducía en veinticuatro horas en un desorden que la benéfica presencia de los árboles y los jardines tan próximos hacía más insoportable aún.

Lo provisional, el *statu quo* reinaban como dueños absolutos. Ya sólo esperaban un milagro. Habrían llamado a los arquitectos, los contratistas, los albañiles, los fontaneros, los empapeladores, los pintores. Habrían hecho un crucero y habrían hallado, a su regreso, un piso transformado, acondicionado, completamente nuevo, un piso modelo, maravillosamente agrandado, lleno de detalles a su medida, tabiques móviles, puertas correderas, un sistema de calefacción eficaz y discreto, una instalación eléctrica invisible, un mobiliario de calidad.

Pero entre estos sueños demasiado grandes, a los que se entregaban con una complacencia extraña, y la nulidad de sus acciones reales no se insertaba ningún proyecto racional, que hubiera conciliado las necesidades objetivas y sus posibilidades financieras. Los paralizaba la inmensidad de sus deseos.

Esta ausencia de simplicidad, casi de lucidez, era característica. La comodidad —sin duda esto era lo más grave— les faltaba

terriblemente. No la comodidad material, objetiva, sino cierta desenvoltura, cierto relajamiento. Tenían tendencia a sentirse excitados, crispados, ávidos, casi envidiosos. Su amor al bienestar, a estar mejor, se traducían la mayor parte del tiempo en un proselitismo necio: entonces peroraban mucho rato, ellos y sus amigos, sobre la genialidad de una pipa o de una mesa baja, hacían de ellas objetos de arte, piezas de museo. Se entusiasmaban con una maleta, esas maletas minúsculas, extraordinariamente planas, de piel negra levemente granulosa, que se ven en los escaparates de las tiendas de la Madeleine y que parecen concentrar en ellas todos los placeres supuestos de los viajes relámpago, a Nueva York o a Londres. Cruzaban París para ir a ver un sillón que les habían dicho que era perfecto. Y hasta, siendo muy expertos, dudaban a veces en ponerse una prenda nueva, tan importante les parecía, para la excelencia de su aspecto, que antes se hubiera llevado tres veces. Pero los ademanes, algo sacralizados, con que se entusiasmaban ante el escaparate de una sastrería, una tienda de sombreros o de calzado, con frecuencia sólo lograban que pareciesen un poco ridículos.

Acaso estaban demasiado marcados por su pasado (y no sólo ellos, por lo demás, sino sus amigos, sus compañeros de trabajo, la gente de su edad, el mundo en que vivían inmersos). Acaso eran demasiado voraces de buenas a primeras: querían ir demasiado deprisa. El mundo, las cosas, tendrían que haberles pertenecido desde siempre, y ellos habrían multiplicado los signos de su posesión. Pero estaban condenados a conquistarlos: podían hacerse cada vez más ricos; lo que no podían era haberlo sido siempre. Les hubiera gustado vivir en medio del confort, de la belleza. Pero sus exclamaciones, su admiración, eran la prueba más rotunda de que no era así. Les faltaba la tradición —en el sentido, tal vez, más despreciable del término—, la evidencia, el goce auténtico, implícito e inmanente, el que va acompañado por un bienestar del cuerpo, y, en cambio, su placer era cerebral. Con excesiva frecuencia, no les gustaba, en lo que llamaban lujo, más

que el dinero que había detrás. Sucumbían ante los signos de la riqueza: más que gustarles la vida, les gustaba la riqueza.

Sus primeras salidas fuera del mundo estudiantil, sus primeras incursiones en aquel universo de las tiendas de lujo que no tardaría en convertirse en su Tierra de Promisión, fueron, desde este punto de vista, particularmente reveladoras. Su gusto aún ambiguo, sus escrúpulos demasiado insistentes, su falta de experiencia, su respeto un poco torpe por lo que creían las cimas del verdadero buen gusto, les costaron algunas meteduras de pata, algunas humillaciones. Pudo parecer en cierto momento que el modelo de indumentaria al que se ajustaban Jérôme y sus amigos era no el del gentleman inglés, sino la muy continental caricatura del mismo que ofrece un emigrante reciente de sueldo modesto. Y el día en que Jérôme compró sus primeros zapatos británicos, tras frotarlos largamente, mediante pequeñas y delicadas aplicaciones concéntricas, con un trapo de lana ligeramente embadurnado con una crema de calidad superior, cuidó de exponerlos al sol, donde se suponía que adquirirían rápidamente una pátina excepcional. Era, por desgracia, junto con un par de mocasines de caña recia y suelas de crepé que se negaba obstinadamente a llevar, su único par de zapatos: abusó de ellos, los arrastró por caminos desastrosos, y los destrozó en poco menos de siete meses.

Luego, con la edad, gracias a la experiencia acumulada, resultó que se distanciaban un poco respecto de sus fervores más exacerbados. Supieron esperar, y acostumbrarse. Su gusto se formó lentamente, más firme, más ponderado. Sus deseos tuvieron tiempo de madurar; su avidez se hizo menos rabiosa. Cuando, paseando por las afueras de París, se detenían en las tiendas de anticuarios de los pueblos, ya no se precipitaban hacia los platos de loza, las sillas de iglesia, las bombonas de vidrio soplado, los candelabros de cobre. Es cierto que había aún, en la imagen algo estática que tenían de la casa modelo, del confort perfecto, de la vida feliz,

mucha ingenuidad, mucha complacencia: les gustaban con intensidad aquellos objetos que sólo el gusto del día pretendía bellos: aquellas falsas estampas de Épinal, aquellos grabados a la inglesa, aquellas ágatas, aquellos vidrios ahilados, aquellas chucherías neobárbaras, aquellos trastos paracientíficos, que en muy poco tiempo encontrarían en los escaparates de la calle Jacob, de la calle Visconti. Soñaban aún con poseerlos; habrían satisfecho aquella necesidad inmediata, evidente, de estar al día, de pasar por entendidos. Pero aquel exceso mimético iba perdiendo importancia, y les parecía grato pensar que la imagen que tenían de la vida se había desprendido lentamente de cuanto podía tener de agresivo, de artificial, de pueril a veces. Habían destruido lo que habían adorado: los espejos de bruja, los tajos, los estúpidos pequeños móviles, los radiómetros, las piedrecitas multicolores, los paneles de yute adornados con rúbricas a lo Mathieu. Les parecía que dominaban cada vez más sus deseos: sabían lo que querían; tenían ideas claras. Sabían lo que sería su dicha, su libertad.

Y, sin embargo, se engañaban; se estaban perdiendo. Empezaban, ya, a sentirse arrastrados a lo largo de un camino del que no conocían ni las vueltas ni el destino. A veces les entraba miedo. Pero, con frecuencia, sólo estaban impacientes: se sentían preparados; estaban disponibles: esperaban vivir, esperaban el dinero.

### 3

Jérôme tenía veinticuatro años. Sylvie tenía veintidós. Ambos eran psicosociólogos. Aquel trabajo, no era exactamente un oficio, ni siquiera una profesión, consistía en entrevistar a gente, siguiendo diversas técnicas, sobre temas variados. Era un trabajo difícil, que exigía, por lo menos, una gran concentración nerviosa, pero no carecía de interés, estaba relativamente bien pagado, y les dejaba un tiempo libre apreciable.

Como casi todos sus compañeros, Jérôme y Sylvie se habían hecho psicosociólogos por necesidad, no por elección. Nadie sabe además adónde los habría llevado el libre desarrollo de inclinaciones totalmente indolentes. La historia, también en esto, había elegido por ellos. Claro que les hubiera gustado, como a todo el mundo, entregarse a algo, sentir una necesidad poderosa que hubieran llamado vocación, una ambición que los hubiera arrastrado, una pasión que los hubiera colmado. Por desgracia, sólo conocían una: la de vivir mejor, y los agotaba. Siendo estudiantes, la perspectiva de una pobre licenciatura, una plaza en Nogent-sur-Seine, Château-Thierry o Étampes, y un sueldo exiguo, los espantó hasta tal punto que apenas se conocieron —Jérôme tenía entonces veintiún años, Sylvie diecinueve— cuando abandonaron, casi sin necesidad de ponerse de acuerdo, una carrera que nunca habían comenzado de veras. No los devoraba el deseo de saber; mucho más humildemente, y sin ocultarse que sin duda hacían mal, y que, tarde o temprano, llegaría el día en que lo sentirían, experimentaban



la necesidad de una habitación un poco más grande, agua corriente, una ducha, comidas más variadas, o simplemente más abundantes que las de los restaurantes universitarios, tal vez un coche, discos, vacaciones, ropa.

Desde hacía ya varios años, los estudios de motivación habían hecho su aparición en Francia. Aquel año estaban aún en plena expansión. Se creaban nuevas agencias cada mes, a partir de nada, o casi. En ellas se encontraba fácilmente trabajo. Se trataba, en la mayoría de los casos, de acudir a los jardines públicos, a la salida de las escuelas, o a las HLM<sup>1</sup> de los suburbios, a preguntar a las madres de familia si les había llamado la atención alguna publicidad reciente, y lo que pensaban de ella. Aquellos sondeos-exprés, llamados testings o encuestas-minuto, se pagaban a cien francos. Era poco pero era mejor que hacer de canguro, de vigilante nocturno, de lavaplatos, mejor que cualquier tarea irrisoria —reparto de prospectos, escritos, cronometrajes de emisiones publicitarias, venta ambulante, lumpendocencia— reservada tradicionalmente a los estudiantes. Y además, lo reciente de la agencia, su estado casi artesanal, la novedad de los métodos, la penuria aún total de elementos cualificados, dejaban entrever la esperanza de promociones rápidas, de ascensos vertiginosos.

No era un mal cálculo. Pasaron unos meses aplicando cuestionarios. Luego hubo un director de agencia que, apremiado por el tiempo, confió en ellos: viajaron a provincias, con un magnetófono bajo el brazo; algunos de sus compañeros de viaje, apenas mayores que ellos, los iniciaron en las técnicas, a decir verdad menos difíciles de lo que suele suponerse, de las entrevistas abiertas y cerradas: aprendieron a hacer hablar a los demás, y a calcular sus propias palabras: supieron descubrir, tras las vacilaciones embrolladas, tras los silencios confusos, tras las alusiones tímidas, los caminos que hay que explorar; penetraron los secretos de ese «hmm» universal, verdadera entonación mágica, con que el entrevistador puntúa el discurso del entrevistado, le da

confianza, lo comprende, lo anima, lo interroga, e incluso a veces lo amenaza.

Sus resultados fueron honrosos. Siguieron llevados por su impulso. Recogieron, acá y allá, rudimentos de sociología, de psicología, de estadística; asimilaron el vocabulario y los signos, los trucos que quedaban bien: cierto modo, por parte de Sylvie, de ponerse o quitarse las gafas, cierto modo de tomar notas, de hojear un informe, cierto modo de hablar, de intercalar en sus conversaciones con los jefes, en un tono apenas interrogativo, locuciones del tipo de: «... ¿verdad?...», «... a mi entender quizá...», «... en cierta medida...», «... es algo que me pregunto...», cierto modo de citar, en los momentos oportunos, a Wright Mills, a William White, o, mejor aún, a Lazarsfeld, Cantril o Herbert Hyman, de los que no habían leído ni tres páginas.

Demostraron con estas adquisiciones estrictamente necesarias, que constituían el *abecé* de la profesión, excelentes disposiciones y, apenas un año después de sus primeros contactos con los estudios de motivación, les confiaron la gran responsabilidad de un «análisis de contenido»: se situaba inmediatamente debajo de la dirección general de un estudio, obligatoriamente reservada a un ejecutivo sedentario, el cargo más elevado, o sea el más remunerado y por tanto el más noble de toda la jerarquía. En el transcurso de los años sucesivos, ya apenas bajaron de aquellas alturas.

Y durante cuatro años, quizá más, exploraron, entrevistaron, analizaron. ¿Por qué se venden tan mal los aspiradores de ruedas? ¿Qué piensa de la achicoria la gente de extracción humilde? ¿Gusta el puré preparado y por qué? ¿Porque es ligero? ¿Porque es untuoso? ¿Porque es tan fácil de hacer: un gesto y hala? ¿Realmente se consideran caros los cochecitos de niño? ¿No se está siempre dispuesto a hacer un sacrificio por la comodidad de los pequeños? ¿Cómo votará la mujer francesa? ¿Gusta el queso en tubo? ¿Se está a favor o en contra de los transportes públicos? ¿En qué se presta antes atención al comer un yogur?: ¿en el color?, ¿en la consistencia?, ¿en el sabor?, ¿en el perfume natural? ¿Lee usted

mucho, un poco, nada? ¿Va usted al restaurante? Señora, ¿le gustaría alquilar su habitación a un negro? ¿Qué se piensa francamente de la jubilación de los mayores? ¿Qué piensa la juventud? ¿Qué piensan los ejecutivos? ¿Qué piensa la mujer de treinta años? ¿Qué piensa usted de las vacaciones? ¿Dónde pasa sus vacaciones? ¿Le gustan los platos congelados? ¿Cuánto cree que cuesta un encendedor así? ¿Qué cualidades exige a su colchón? ¿Puede describirme un hombre a quien guste la pasta? ¿Qué piensa de su lavadora? ¿Está contenta con ella? ¿No hace demasiada espuma? ¿Lava bien? ¿Rompe la ropa? ¿Seca la ropa? ¿Preferiría una lavadora que secara también su ropa? Y la seguridad en las minas, ¿está bien garantizada o no lo está bastante a su entender? (Hacer hablar al sujeto: pídanle que cuente ejemplos personales; cosas que ha visto; ¿ha resultado herido ya alguna vez?, ¿cómo ocurrió? Y su hijo, ¿será minero como su padre o qué?)

Hubo la colada, la ropa que se seca, el planchado. El gas, la electricidad, el teléfono. Los hijos. Las prendas exteriores e interiores. La mostaza. Las sopas en sobre, las sopas en lata. Los cabellos: cómo lavarlos, cómo teñirlos, cómo evitar que se despeinen, cómo hacer que brillen. Los estudiantes, las uñas, los jarabes para la tos, las máquinas de escribir, los abonos, los tractores, el ocio, los regalos, el papel, la ropa blanca, la política, las autopistas, las bebidas alcohólicas, las aguas minerales, los quesos y las conservas, las lámparas y las cortinas, los seguros, la jardinería.

Nada de lo que es humano les fue ajeno.

Por primera vez ganaron algún dinero. No les gustaba su trabajo: ¿podía haberles gustado? Tampoco los aburría demasiado. Tenían la impresión de aprender muchas cosas. De año en año, los transformó.

Fue el gran momento de su conquista. No tenían nada; descubrían las riquezas del mundo.

Durante mucho tiempo habían sido perfectamente anónimos. Iban vestidos como estudiantes, o sea, mal. Sylvie con una única falda, jerséis feos, un pantalón de pana, una trenca, Jérôme con una canadiense mugrienta, un traje de confección, una corbata lamentable. Se sumieron con éxtasis en la moda inglesa. Descubrieron los pullovers, las blusas de seda, las camisas de Doucet, las corbatas finas, los pañuelos de seda, el tweed, el lambs-wool, el cashmere, la vicuña, la piel y el género de punto, el lino, la magistral jerarquía de los zapatos, por último, que va de los Churchs a los Weston, de los Weston a los Bunting, y de los Bunting a los Lobb.

Su sueño fue un viaje a Londres. Habrían repartido su tiempo entre la National Gallery, Savile Row, y cierto pub de Church Street del que Jérôme había conservado un recuerdo emocionante. Pero no eran aún lo bastante ricos como para vestirse allí de pies a cabeza. En París, con el primer dinero que ganaron alegremente con el sudor de su frente, Sylvie se compró una blusa de tricot de seda de Cornuel, un twin-set importado de lambs-wool, una falda recta y seria, unos zapatos de piel trenzada de una suavidad extrema y un gran pañuelo de seda adornado con pavos reales y ramajes. Jérôme, aunque de vez en cuando le seguía gustando ir con zapatos gastados, mal afeitado, vestido con viejas camisas sin cuello y un pantalón de algodón, descubrió, cultivando los contrastes, los placeres de las mañanas largas: bañarse, afeitarse con esmero, rociarse de colonia, ponerse, con la piel aún ligeramente húmeda, camisas completamente blancas, anudarse corbatas de lana o seda. Compró tres, en Old England, así como una chaqueta de tweed, camisas rebajadas y zapatos de los que no creía tener que avergonzarse.

Luego, fue casi una de las grandes fechas de su vida, descubrieron el mercado de Les Puces. Camisas Arrow o Van Heusen, admirables, de largo cuello abrochado, inexistentes en París entonces, pero que las comedias americanas empezaban a popularizar (al menos entre aquel sector al que encantaban las comedias americanas), se encontraban allí a porrillo, al lado de trincheras con fama de indestructibles, faldas, blusas, trajes de seda, chaquetas de cuero, mocasines de piel suave. Fueron cada quincena, los sábados por la mañana, durante un año o más, a revolver en los cajones, los puestos, las pilas, las cajas de cartón, los paraguas boca arriba, en medio de un tropel de veinteañeros con patillas, argelinos vendedores de relojes, turistas americanos que, viniendo de los ojos de cristal, los sombreros de copa y los caballitos de madera del mercado Vernaison, erraban, algo asustados, por el mercado Malik contemplando, al lado de los clavos viejos, los colchones, los esqueletos de máquinas, las piezas sueltas, el extraño destino de los excedentes gastados de sus más prestigiosos shirtmakers. Y se llevaban todo tipo de prendas, envueltas en papel de periódico, bibelots, paraguas, viejos tarros, bolsas, discos.

Cambiaban, mudaban de personalidad. No era exactamente la necesidad, por lo demás real, de diferenciarse de aquellos a quienes tenían que entrevistar, de impresionarlos sin deslumbrarlos. Ni tampoco porque vieran a mucha gente, porque se salieran, pensaban que para siempre, de los ambientes que habían sido suyos. Pero el dinero —semejante observación es forzosamente trivial— suscitaba necesidades nuevas. Les habría sorprendido comprobar, si hubieran pensado un momento en ello —pero, aquellos años, no pensaron en nada—, hasta qué punto se había transformado la visión que tenían de su propio cuerpo, y, más allá, de cuanto los concernía, de cuanto les importaba, de cuanto estaba haciéndose su mundo.

Todo era nuevo. Su sensibilidad, sus gustos, su posición, todo les llevaba hacia cosas que habían ignorado siempre. Prestaban atención a cómo vestían los demás; observaban en los escaparates

los muebles, los bibelots, las corbatas; soñaban ante los anuncios de los agentes inmobiliarios. Les parecía entender cosas por las que nunca se habían preocupado: les resultaba importante que un barrio, una calle fuera triste o alegre, tranquila o ruidosa, desierta o animada. Nada, nunca, los había preparado para aquellas preocupaciones nuevas; las descubrían, con candor, con entusiasmo, maravillándose de su prolongada ignorancia. No se asombraban, o apenas, de pensar casi de continuo en ellas.

Los caminos que seguían, los valores a los que se abrían, sus perspectivas, sus deseos, sus ambiciones, todo eso, es cierto, les parecía a veces desesperadamente vacío. No conocían nada que no fuera frágil o confuso. Era, sin embargo, su vida, era la fuente de exaltaciones desconocidas, más que embriagadoras, era algo inmensa, intensamente abierto. Se decían a veces que la vida que llevarían tendría la gracia, la soltura, la fantasía de las comedias americanas, de los créditos de Saul Bass; e imágenes maravillosas, luminosas, de campos de nieve inmaculados estriados con huellas de esquís, de mar azul, de verdes colinas, de fuego chisporroteante en chimeneas de piedra, de audaces autopistas, de pullmans, de hoteles de lujo, los acariciaban como otras tantas promesas.

Dejaron su cuarto y los restaurantes universitarios. Alquilieron, en el número 7 de la calle de Quatrefages, frente a la Mezquita, muy cerca del Jardín des Plantes, un pisito de dos habitaciones que daba a un bonito jardín. Desearon tener moquetas, mesas, sillones, divanes.

Durante aquellos años dieron por París paseos interminables. Se detuvieron ante todas las tiendas de antigüedades. Visitaron los grandes almacenes durante horas enteras, maravillados, y ya asustados, pero sin atreverse aún a decírselo, sin atreverse aún a mirar cara a cara aquella especie de delirio lamentable que iba a convertirse en su destino, su razón de ser, su consigna,

maravillados y casi sumergidos ya por la amplitud de sus necesidades, la riqueza expuesta, la abundancia ofrecida.

Descubrieron los pequeños restaurantes de Les Gobelins, Les Ternes, Saint-Sulpice, los bares desiertos donde da gusto susurrar, los fines de semana fuera de París, los grandes paseos por el bosque, en otoño, en Rambouillet, Vaux, Compiègne, los goces casi perfectos ofrecidos a la vista, al oído, al paladar.

Y así fue como, poco a poco, insertándose en la realidad de modo algo más profundo que en el pasado cuando, hijos de pequeñoburgueses sin talla, y luego estudiantes amorfos e indiferenciados, sólo habían tenido del mundo una visión mezquina y superficial, empezaron a entender lo que significaba ser gente bien.

Esta última revelación, que no fue tal en el sentido estricto de la palabra, sino el término de una lenta maduración social y psicológica, de la que les hubiera resultado muy difícil describir los estados sucesivos, completó su metamorfosis.

## 4

Con sus amigos la vida era a menudo un torbellino.

Eran todo un grupo, una buena pandilla. Se conocían bien. Tenían, pegándose los unos a otros, costumbres comunes, gustos, recuerdos comunes. Tenían su vocabulario, sus signos, sus manías. Demasiado emancipados para parecerse totalmente, pero, sin duda, no lo bastante aún para no imitarse más o menos conscientemente, se pasaban la vida haciendo intercambios. Eso los irritaba a menudo; más a menudo aún los divertía.

Pertenecían casi todos a los medios publicitarios. Algunos, sin embargo, seguían, o se esforzaban por seguir estudiando. Se habían conocido, en la mayoría de los casos, en los despachos aparatosos o pseudofuncionales de los directores de agencia. Escuchaban juntos, garrapateando furiosamente en sus secantes, sus recomendaciones mezquinas y sus gracias chuscas; su desprecio común por aquellos pudientes, aquellos aprovechados, aquellos explotadores de carne joven, era a veces su primer campo de entendimiento. Pero lo más frecuente era que empezaran condenados a vivir cinco o seis días juntos en los tristes hoteles de las ciudades pequeñas. En cada comida ingerida en común invitaban a sentarse a los amigos. Pero los almuerzos eran rápidos y profesionales, las cenas terriblemente lentas, a no ser que brotase aquella milagrosa chispa que iluminaba sus caras cansinas de viajeros de comercio y les hacía considerar memorable aquella velada provinciana, y succulenta una terrina ordinaria que les cobraba aparte un hotelero facineroso. Entonces, olvidaban sus magnetófonos y su tono demasiado correcto de psicólogos



distinguidos. Prolongaban la sobremesa. Hablaban de sí mismos y del mundo, de todo y de nada, de sus gustos, de sus ambiciones. Iban a recorrer la ciudad en busca del único bar confortable que no podía faltar, y hasta altas horas de la noche, ante sus whiskies, sus coñacs o sus gin-tonics, evocaban, con abandono casi ritual, sus amores, sus deseos, sus viajes, sus rechazos, sus entusiasmos, sin extrañarse, por el contrario más bien encantados, de lo parecido de su historia y la identidad de sus puntos de vista.

A veces, de aquella simpatía inicial no emergía nada más que unas relaciones distantes, llamadas telefónicas de tarde en tarde. A veces, aunque con menos frecuencia, también nacía de aquel encuentro, por azar o por deseo recíproco, lentamente o menos lentamente, una amistad posible que se desarrollaba poco a poco. Así, al filo de los años, se habían soldado lentamente.

Unos y otros eran fácilmente identificables. Tenían dinero, no mucho, pero el suficiente como para no hallarse más que episódicamente, de resultas de alguna locura que no habrían sabido decir si formaba parte de lo superfluo o lo necesario, con una economía realmente deficitaria. Sus viviendas, estudios, desvanes, pisos de dos habitaciones, casas vetustas, en barrios elegidos —el Palais Royal, la Contrescarpe, Saint-Germain, el Luxembourg, Montparnasse—, se parecían: se encontraban en ellos los mismos sofás mugrientos, las mismas mesas llamadas rústicas, los mismos montones de libros y discos, viejos vasos, viejos tarros, indiferentemente llenos de flores, lápices, idéntica calderilla, cigarrillos, caramelos, clips. Vestían, en líneas generales, del mismo modo, es decir con ese gusto correcto que, tanto en los hombres como en las mujeres, da todo su valor a Madame Express, y de rebote, a su esposo. Por lo demás, debían mucho a esa pareja modelo.

*L'Express* era indudablemente el semanario al que más caso hacían. A decir verdad, no les gustaba mucho, pero lo compraban, o, en todo caso, se lo pedían prestado unos a otros, lo leían con regularidad y hasta, lo confesaban, guardaban con frecuencia números atrasados. Muchas veces no estaban de acuerdo con su línea política (un día de sana cólera, habían escrito un breve panfleto sobre «el estilo del Teniente») y preferían con mucho los análisis de *Le Monde*, al que eran unánimemente fieles, e incluso las posturas de *Libération*, que tenían tendencia a encontrar simpático. Pero *L'Express*, y sólo él, correspondía a su arte de vivir; cada semana encontraban en él, incluso cuando podían con razón juzgarlas tergiversadas y desnaturalizadas, las preocupaciones más corrientes de su vida cotidiana. No era extraño que los escandalizara. Pues realmente, frente a aquel estilo en el que reinaban el falso distanciamiento, los sobreentendidos, los desprecios ocultos, las envidias mal digeridas, los falsos entusiasmos, las incitaciones y los guiños, frente a aquel mercado publicitario que era *L'Express* —su fin y no sus medios, su aspecto más necesario—, frente a aquellos pequeños detalles que lo cambian todo, aquellas cositas poco costosas y realmente divertidas, frente a aquellos hombres de negocios que comprendían los verdaderos problemas, aquellos técnicos que sabían de qué hablaban y lo dejaban muy claro, aquellos pensadores audaces que, sin soltar la pipa, ponían por fin el siglo xx en el mundo, en una palabra, frente a aquella asamblea de responsables reunidos semanalmente en un foro o una mesa redonda, cuya sonrisa plácida hacía pensar que tenían aún en la mano derecha las llaves de oro de los lavabos directorales, pensaban infaliblemente, repitiendo el juego de palabras no muy bueno que iniciaba su panfleto, que no era cierto que *L'Express* fuera un periódico de izquierdas, pero que no cabía duda de que era un periódico siniestro. Era, por lo demás, falso, lo sabían, pero eso los reconfortaba.

No lo ocultaban: era gente de *L'Express*. Necesitaban, sin duda, que su libertad, su inteligencia, su alegría, su juventud fueran, en todo tiempo y lugar, convenientemente expresadas. Dejaban que se ocupara de ello, porque era lo más fácil, porque el mismo desprecio que sentían por él lo justificaba. Y la violencia de sus reacciones sólo podía compararse con su sujeción: hojeaban el semanario refunfuñando, lo estrujaban, lo tiraban lejos. A veces no paraban de extasiarse con su bajeza. Pero lo leían, era un hecho, se empapaban de él.

¿Dónde habrían podido hallar más exacto reflejo de sus gustos, de sus deseos? ¿No eran jóvenes? ¿No eran ricos, con moderación? *L'Express* les brindaba todos los signos del confort: los gruesos albornoces, las desmitificaciones brillantes, las playas de moda, la cocina exótica, las soluciones útiles, los análisis inteligentes, el secreto de los dioses, los veraneos baratos, las opiniones distintas, las ideas nuevas, los vestidos sencillos, los platos congelados, los detalles elegantes, los escándalos de buen tono, los consejos de última hora.

Soñaban, a media voz, con divanes Chesterfield. *L'Express* soñaba con ellos. Pasaban gran parte de sus vacaciones recorriendo las tiendas de anticuarios de los pueblos; compraban a buen precio cacharros de estaño, sillas de paja, vasos que invitaban a beber, cuchillos con mango de cuerno, escudillas patinadas que convertían en ceniceros preciosos. De todas esas cosas, estaban seguros de ello, *L'Express* había hablado, o iba a hablar.

En el plano de las realizaciones, se distanciaban notablemente de las modalidades de compra preconizadas por *L'Express*. Todavía no estaban del todo «colocados» y, aunque se les reconocía la categoría de «ejecutivos», no tenían ni las garantías, ni las pagas dobles, ni las primas del personal regular provisto de contrato. *L'Express* aconsejaba, pues, comercios económicos y simpáticos (el dueño es un amigo, invita a copa y club-sandwich mientras el cliente elige), tiendas donde el gusto del momento exigía, para distinguirse convenientemente, una mejora radical de la instalación anterior:

eran imprescindibles las paredes encaladas, necesaria la moqueta oscura, y sólo podía pretender sustituirla un pavimento heterogéneo de mosaico anticuado; las vigas vistas eran de rigor, y la pequeña escalera interior, la chimenea auténtica, con su fuego, los muebles rústicos, o mejor aún, provenzales, altamente recomendados. Estos cambios que se multiplicaban por todo París, afectando indistintamente a librerías, galerías de arte, mercerías, comercios de frivolidades y mobiliario, incluso a tiendas de comestibles (no era raro ver a un antiguo detallista muerto de hambre convertirse en especialista en quesos, con un delantal azul que daba un tono de muy entendido y un local de vigas y mimbres...), estos cambios, pues, traían consigo, más o menos legítimamente, una subida de precios tal que la adquisición de un vestido de lana virgen estampado a mano, un twin-set de cashmere tejido por una vieja campesina ciega de las islas Orcadas (*exclusive, genuine, vegetable-dyed, hand-spun, hand-woven*), o una suntuosa chaqueta mitad punto, mitad piel (para los fines de semana, la caza o el coche), resultaba siempre imposible. Y del mismo modo que se les iban los ojos tras las tiendas de los anticuarios, pero sólo contaban, para amueblar, con las ventas rurales o las salas menos frecuentadas del Hotel Drouot (adonde, por otra parte, iban menos a menudo de lo que hubieran querido), sólo enriquecían su vestuario frecuentando asiduamente el mercado de Les Puces, o, dos veces al año, ciertas ventas de caridad organizadas por unas viejas inglesas a beneficio de las obras de la St-George English Church, y en las que abundaban desechos —perfectamente aceptables, ni que decir tiene— de diplomáticos. A menudo les producía cierto malestar: tenían que abrirse paso por entre una muchedumbre densa y revolver en un montón de horrores —los ingleses no tienen siempre el gusto que se les atribuye—, antes de descubrir una corbata magnífica, pero sin duda demasiado frívola para un secretario de embajada, o una camisa que había sido perfecta, o una falda que habría que acortar. Pero, claro, era eso o nada: la desproporción, visible en todo, entre sus gustos de indumentaria

(nada era demasiado bello para ellos) y la cantidad de dinero de que disponían normalmente era un signo evidente, pero a fin de cuentas secundario, de su situación concreta: no eran los únicos; antes de acudir a las rebajas, como se hacía en todas partes, tres veces al año, preferían las prendas de segunda mano. En el mundo en que vivían, era casi de rigor desear siempre más de lo que se podía adquirir. No eran ellos quienes lo habían decretado; era una ley de la civilización, una situación real de la que la publicidad en general, las revistas, el arte de los escaparates, el espectáculo de la calle, y hasta, en cierto aspecto, el conjunto de las producciones llamadas comúnmente culturales, eran las expresiones más normales. Por tanto, hacían mal sintiéndose, en ciertos momentos, heridos en su dignidad: aquellas pequeñas modificaciones —preguntar en tono inseguro el precio de algo, vacilar, tratar de regatear, mirar los escaparates sin atreverse a entrar, desear, tener aire mezquino— también hacían progresar el comercio. Estaban orgullosos de haber pagado algo menos caro, de haberlo obtenido por nada, por casi nada. Estaban más orgullosos aún (pero siempre se paga demasiado caro el placer de pagar demasiado caro) de haber pagado muy caro, carísimo, de una vez, sin discutir, casi con embriaguez, lo que era, lo que sólo podía ser lo más bello, lo único bello, lo perfecto. Aquellas vergüenzas y aquellos orgullos tenían la misma función, llevaban en sí las mismas decepciones, las mismas cóleras. Y ellos comprendían, porque por todas partes, a su alrededor, todo se lo hacía comprender, porque se lo metían en la cabeza de la mañana a la noche, a fuerza de eslóganes, de carteles, de anuncios luminosos, de escaparates iluminados, que estaban siempre un poco más abajo en la escalera, siempre un poco demasiado abajo. Y aún tenían la suerte de no estar entre los más desfavorecidos.

Eran «hombres nuevos», jóvenes ejecutivos a quienes no habían salido aún todos los dientes, tecnócratas a medio camino del éxito. Procedían, casi todos, de la pequeña burguesía, y sus valores, pensaban, no les bastaban ya: miraban con anhelo, con

desesperación, el confort evidente, el lujo, la perfección de los grandes burgueses. Carecían de pasado, de tradición. No esperaban herencia alguna. Entre todos los amigos de Jérôme y Sylvie, sólo uno venía de una familia rica y sólida: negociantes en paños del Norte; una fortuna caudalosa y compacta; edificios en Lille, títulos, una casa solariega en las inmediaciones de Beauvais, orfebrería, joyas, estancias enteras con muebles centenarios. Para todos los demás la infancia había tenido por marco comedores y dormitorios Chippendale o rústico normando, tal como empezaban a concebirse en los albores de los años treinta: camas cubiertas con colcha de tafetán color punzó, armarios de tres puertas provistos de lunas y dorados, mesas horriblemente cuadradas de patas torneadas, percheros con cuernos de ciervo falsos. Allí, por la noche, bajo la lámpara familiar habían hecho sus deberes. Habían bajado la basura, habían «ido por la leche», habían salido dando un portazo. Sus recuerdos de infancia se parecían, como eran casi idénticos los caminos que habían seguido, su lenta emergencia fuera del medio familiar, las perspectivas que parecían haber elegido.

Eran, pues, de su tiempo. Se sentían a gusto consigo mismos. No eran, decían, del todo ilusos. Sabían mantener las distancias. Tenían desparpajo, o al menos lo intentaban. Tenían humor. Distaban mucho de ser tontos.

Un análisis profundo habría revelado fácilmente, en el grupo que formaban, corrientes divergentes, antagonismos sordos. Un sociómetro maniático y puntilloso no habría tardado en descubrir discrepancias, exclusiones recíprocas, enemistades latentes. A veces se daba el caso de que uno u otro de ellos, de resultas de incidentes más o menos fortuitos, de provocaciones larvadas, de desacuerdos disimulados, sembraba la discordia en el seno del

grupo. Entonces, su hermosa amistad se venía abajo. Descubrían, con fingido estupor, que fulano, a quien creían generoso, era la mezquindad personificada, que mengano no era más que un egoísta. Se producían tiranteces, se consumaban rupturas. A veces hallaban un placer maligno en azuzarse unos contra otros. O bien aparecían las malas caras prolongadas, los períodos de distanciamiento acusado, de frialdad. Se evitaban y se justificaban sin cesar el que se evitasen, hasta que sonaba la hora de los perdones, de las reconciliaciones efusivas. Pues, a fin de cuentas, no podían pasar unos sin otros.

Estos juegos le ocupaban intensamente y dedicaban a ellos un tiempo precioso que, sin dificultad, habrían podido emplear en cosas muy diferentes. Pero estaban hechos de tal manera que, por más que lo sintieran a veces, el grupo que formaban los definía casi por completo. Fuera de él, carecían de vida real. Con todo, tenían la sensatez de no verse demasiado a menudo, de no trabajar siempre juntos, e incluso se esforzaban en mantener actividades individuales, zonas privadas en las que podían refugiarse, en las que podían olvidar un poco, no el grupo mismo, la mafia, el equipo, sino, por supuesto, la tensión que lo sustentaba. Su vida casi común hacía más fáciles los estudios, los viajes a provincias, las noches de análisis o redacción de los informes; pero también los condenaba a ellos. Puede decirse que era su drama secreto, su debilidad común. Era aquello de lo que nunca hablaban.

Su mayor placer era olvidar juntos, o sea distraerse. Para empezar, les encantaba beber, y bebían mucho, a menudo, juntos. Frecuentaban el Harry's New York Bar, en la calle Daunou, los cafés del Palais-Royal, el Balzar, Lipp, y algunos más. Les gustaba la cerveza de Munich, la Guinness, la ginebra, los ponches hirvientes o helados, los licores de frutas. A veces se pasaban veladas enteras bebiendo, apiñados en torno a dos mesas, juntadas para aquella ocasión, y hablaban, interminablemente, de la vida que les habría

gustado llevar, los libros que algún día escribirían, los trabajos que les gustaría emprender, las películas que habían visto o que iban a ver, el futuro de la humanidad, la situación política, sus vacaciones próximas, sus vacaciones pasadas, una salida al campo, un viajecito a Brujas, Amberes o Basilea. Y a veces, sumiéndose en aquellos sueños colectivos, sin querer despertar de ellos, antes prolongándolos sin cesar con una complicidad tácita, acababan perdiendo todo contacto con la realidad. Entonces, de vez en cuando, una mano emergía simplemente del grupo: acudía el camarero, se llevaba las jarras vacías y traía otras y pronto la conversación, concentrándose cada vez más, sólo giraba en torno a lo que acababan de beber, a su borrachera, a su sed, a su felicidad.

Sentían pasión por la libertad. Les parecía que el mundo entero estaba hecho a su medida; vivían al ritmo exacto de su sed, y su exuberancia era inextinguible; su entusiasmo no tenía ya límites. Habrían podido andar, correr, bailar, cantar toda la noche.

Al día siguiente no se veían. Las parejas se encerraban en casa, haciendo dietas, mareados, abusando de cafés y pastillas efervescentes. No salían hasta caída la noche, iban a comer a un snack bar caro un steak sin guarnición. Tomaban decisiones drásticas: no fumarían más, no beberían más, no derrocharían más dinero. Se sentían vacíos y estúpidos y, en el recuerdo que conservaban de su memorable borrachera, se mezclaba siempre cierta nostalgia, un nerviosismo incierto, un sentimiento ambiguo, como si el impulso mismo que los había llevado a beber no hubiese hecho más que avivar su incompreensión más fundamental, una irritación más insistente, una contradicción más cerrada a la que no podían sustraerse.

O bien, en casa de uno u otro, organizaban cenas casi monstruosas, verdaderas fiestas. No tenían, casi nunca, más que cocinas exiguas, a veces impracticables, y vajillas descabaladas entre las que andaban perdidas algunas piezas un poco nobles. En



la mesa, copas de cristal tallado de una finura extrema se juntaban con vasos de mostaza, cuchillos de cocina con cucharillas de plata blasonadas.

Volvían de la calle Mouffetard, juntos, cargados los brazos de vituallas, con cajas enteras de melones y melocotones, cestas llenas de quesos, piernas de cordero, aves de corral, canastas de ostras en la temporada, terrinas, huevos de pescado, por último, cajas enteras de vino, de oporto, de agua mineral, de Coca-Cola.

Eran nueve o diez. Llenaban el piso estrecho, alumbrado por una sola ventana que daba al patio; un sofá tapizado de terciopelo rasposo ocupaba el fondo de una alcoba; tres personas tomaban asiento en él, ante la mesa servida, los otros se instalaban en sillas desparejadas, en taburetes. Comían y bebían durante horas enteras. La exuberancia y la abundancia de aquellas comidas eran curiosas: a decir verdad, desde un estricto punto de vista culinario, comían de modo mediocre: asados y aves sin ninguna salsa: la guarnición, casi invariablemente, constaba de patatas salteadas o hervidas, o incluso, a finales de mes, como plato fuerte, había pasta o arroz acompañado de aceitunas y algunas anchoas. No hacían ningún esfuerzo; sus elaboraciones más complejas eran el melón al oporto, los plátanos flameados, el pepino a la crema. Necesitaron varios años para percatarse de que existía una técnica, si no un arte, de la cocina y de que todo lo que más les había gustado comer se reducía a productos simples sin aliños ni refinamientos.

En ello demostraban una vez más la ambigüedad de su situación: la imagen que tenían de un festín correspondía exactamente a las comidas que durante mucho tiempo habían conocido exclusivamente, las de los restaurantes universitarios: a fuerza de comer bistecs delgados y duros habían dedicado a los chateaubriands y al solomillo un verdadero culto. La carne guisada —y hasta desconfiaron mucho tiempo del cocido— no los atraía; guardaban un recuerdo demasiado preciso de las tajadas grasas nadando entre tres rodajas de zanahoria, en íntima proximidad con un petit-suisse aplastado y una cucharada de confitura gelatinosa.

En cierto modo les gustaba todo lo que negaba la cocina y exaltaba la pompa. Les gustaban la abundancia y la riqueza aparentes; rechazaban la lenta elaboración que transforma en manjares productos ingratos y que implica un universo de cazos, ollas, tajaderas, chinos, fogones. Pero casi se desmayaban ante la visión de una salchichería, porque todo en ella era consumible en el acto: les gustaban los patés, las ensaladillas adornadas con guirnalda de mayonesa, los rollos de jamón y el buey en gelatina: sucumbían con excesiva frecuencia, y lo lamentaban, una vez satisfecha la vista, apenas habían hundido el tenedor en la gelatina realzada con una rodaja de tomate y dos ramitas de perejil: pues, al fin y al cabo, no era más que un huevo duro.

Estaba, sobre todo, el cine. Y era sin duda el único campo en el que su sensibilidad lo había aprendido todo. No debían nada a ningún modelo. Pertenecían, por su edad, por su formación, a esa primera generación para la que el cine fue, más que un arte, una evidencia; lo habían conocido siempre, y no como forma balbuciente, sino de buenas a primeras con sus obras maestras, su mitología. A veces les parecía que habían crecido con él, que lo comprendían mejor de lo que nadie antes que ellos había sabido comprenderlo.

Eran cinéfilos. Era su pasión primera; se entregaban a ella cada noche, o casi. Les gustaban las imágenes, a poco que fueran bellas, que los arrastrasen, los encantasen, los fascinasen. Les gustaba la conquista del espacio, del tiempo, del movimiento, les gustaban el torbellino de las calles de Nueva York, la languidez de los trópicos, la violencia de los saloons. No eran ni demasiado sectarios, como esas mentes obtusas para las que no hay más que Eisenstein, Buñuel, o Antonioni, o también —de todo ha de haber en el mundo— Carné, Vidor, Aldrich o Hitchcock, ni demasiado eclécticos, como individuos infantiles que pierden todo sentido crítico y todo les parece genial a poco que un cielo azul sea azul celeste, o que el

rojo pálido del vestido de Cyd Charisse contraste con el rojo oscuro del sofá de Robert Taylor. No carecían de gusto. Tenían una gran prevención contra el llamado cine serio que hacía que encontraran más bellas aún las obras que este calificativo no bastaba para volver vanas (¡pero hombre, decían, y tenían razón, vaya mierda *Marienbad!*), una simpatía casi exagerada por los westerns, los thrillers, las comedias americanas, y por aquellas aventuras sorprendentes, llenas de arrebatos líricos, de imágenes suntuosas, de bellezas fulgurantes y casi inexplicables, tituladas, por ejemplo —todavía se acordaban—, *Lola*, *La encrucijada de los destinos*, *Los embrujados*, *Escrito en el viento*.

Iban rara vez a un concierto, menos aún al teatro. Pero se encontraban, sin haber quedado en nada, en la Filmoteca, en el Passy, en el Napoléon, o en esos pequeños cines de barrio —el Kursaal en Les Gobelins, el Texas en Montparnasse, el Bikini, el Mexico en la plaza Clichy, el Alcazar en Belleville, e incluso en otros, por la Bastille o el distrito 15, esas salas sin gracia, mal equipadas, que sólo parecía frecuentar una clientela heteróclita de parados, argelinos, solterones, cinéfilos, y que programaban, en asesinadas versiones dobladas, esas obras maestras desconocidas de las que se acordaban desde que tenían quince años, o esas películas consideradas geniales, cuya lista tenían en la cabeza y que, desde hacía años, trataban de ver en vano. Guardaban un recuerdo maravilloso de aquellas benditas veladas en que habían descubierto, o redescubierto, casi por casualidad, *El corsario rojo*, o *El mundo es suyo*, o *Los forajidos de la noche*, o *My Sister Eileen*, o *Los cinco mil dedos del doctor T*. Por desgracia, muy a menudo, lo cierto es que se quedaban terriblemente decepcionados. Aquellas películas que habían esperado tanto tiempo, hojeando casi febrilmente, cada miércoles, a primera hora, *L'Officiel des Spectacles*, aquellas películas, que les habían asegurado en todas partes que eran admirables, a veces llegaba un día en que venían anunciadas. El grupo entero se encontraba en la sala la primera noche. La pantalla se iluminaba y ellos se estremecían de placer.

Pero los colores estaban pasados, las imágenes temblaban, las mujeres habían envejecido terriblemente. Salían; estaban tristes. No era la película con que habían soñado. No era la película total que cada uno de ellos llevaba en sí, la película perfecta que no habrían podido agotar. La película que habrían querido hacer. O, más secretamente sin duda, que habrían querido vivir.

## 5

Así vivían, ellos y sus amigos, en sus pisitos simpáticos abarrotados de cosas, con sus salidas y sus películas, sus grandes comidas fraternales, sus proyectos maravillosos. No eran desgraciados. Cierta dicha de vivir, furtiva, evanescente, iluminaba sus días. Ciertas tardes, después de cenar, dudaban en levantarse de la mesa; acababan una botella de vino, comían nueces, encendían cigarrillos. Ciertas noches no conseguían dormirse, y, medio sentados, recostados en las almohadas, con un cenicero entre ambos, hablaban hasta la madrugada. Ciertos días paseaban charlando horas enteras. Se miraban sonriendo en los espejos de los escaparates. Les parecía que todo era perfecto; andaban libremente, sus movimientos eran ágiles, el tiempo ya no parecía afectarles. Les bastaba con estar allí, en la calle, un día de frío, de fuerte viento, bien abrigados, al caer la tarde, dirigiéndose sin prisa, pero a buen paso, hacia una casa amiga, para que el menor de sus gestos —encender un cigarrillo, comprar un cucurucho de castañas calientes, deslizarse por entre la muchedumbre a la salida de una estación— les pareciese la expresión evidente, inmediata, de una felicidad inagotable.

O bien, ciertas noches de verano, andaban largo tiempo por barrios casi desconocidos. Una luna perfectamente redonda brillaba alta en el cielo y proyectaba sobre todas las cosas una luz afelpada. Las calles, desiertas y largas, anchas, sonoras, resonaban bajo sus pasos sincrónicos. Pasaba algún que otro taxi, lentamente, casi sin hacer ruido. Entonces se sentían dueños del mundo. Experimentaban una exaltación desconocida, como si hubieran sido

poseedores de secretos fabulosos, de fuerzas indecibles. Y cogiéndose de la mano, echaban a correr, o jugaban a la rayuela, o corrían a la pata coja a lo largo de las aceras y vociferaban al unísono las grandes arias de *così tan tutte* o de la *Misa en si*.

O bien, abrían la puerta de un pequeño restaurante y, con una alegría casi ritual, se dejaban envolver por el calor ambiente, por el ruido de los tenedores, el tintineo de las copas, el murmullo apagado de las voces, las promesas de los manteles blancos. Elegían el vino con aire solemne, desdoblaban la servilleta, y les parecía entonces, bien calentitos, mano a mano, fumando un cigarrillo que iban a aplastar un instante más tarde, apenas empezado, cuando llegaran los entremeses, que su vida no sería más que la inagotable suma de aquellos momentos propicios y que serían siempre felices, porque merecían serlo, porque sabían permanecer disponibles, porque la felicidad estaba en ellos. Estaban sentados uno frente a otro, iban a comer después de haber tenido hambre, y todas aquellas cosas —el mantel blanco de recia tela, la mancha azul de un paquete de Gitanes, los platos de loza, los cubiertos algo pesados, las copas, la cestita de mimbre llena de pan tierno— componían el marco siempre nuevo de un placer casi visceral, al borde del embotamiento: la impresión casi exactamente contraria y casi exactamente semejante a la que produce la velocidad, de una formidable estabilidad, de una formidable plenitud. A partir de aquella mesa servida, tenían la impresión de una sincronía perfecta: se sentían al unísono con el mundo, estaban sumidos en él, estaban a gusto en él, no tenían nada que temer.

Acaso sabían, un poco más que los otros, descifrar, o incluso suscitar aquellos signos favorables. Sus oídos, sus dedos, su paladar, como si hubieran estado en continuo acecho, sólo esperaban aquellos instantes propicios, que el menor detalle bastaba para provocar. Pero, en aquellos momentos en que se dejaban llevar por una sensación de calma chicha, de eternidad, que

ninguna tensión venía a turbar, en que todo era equilibrado, deliciosamente lento, la fuerza misma de aquellos goces exaltaba cuanto en ellos había de efímero y frágil. No hacía falta mucho para que todo se viniera abajo: la menor nota falsa, un simple momento de vacilación, un signo demasiado grosero, y su dicha se dislocaba; volvía a ser lo que había sido siempre, una especie de contrato, algo que habían comprado, algo frágil y lastimoso, un simple respiro que los devolvía con violencia a lo más peligroso, a lo más inseguro de su existencia, de su historia.

Lo malo de las encuestas es que no duran. En la historia de Jérôme y Sylvie ya estaba inscrito el día en que tendrían que elegir: o bien conocer el paro, el subempleo, o bien integrarse más sólidamente en una agencia, entrar en ella con dedicación plena, llegar a ejecutivos. O bien cambiar de oficio, encontrar otro trabajo, pero eso no era más que desplazar el problema. Pues si se tolera fácilmente, cuando se trata de individuos que no han alcanzado aún la treintena, que conserven cierta independencia y trabajen a su antojo, si hasta se aprecia a veces su disponibilidad, lo abierto de su mente, la variedad de su experiencia, o lo que se llama también su polivalencia, se exige en cambio, de modo bastante contradictorio por lo demás, a todo futuro colaborador, que una vez doblado el cabo de los treinta años (haciendo así, justamente, de los treinta años un cabo) demuestre una estabilidad segura, y estén garantizados su puntualidad, su sentido de la seriedad, su disciplina. Los empresarios, particularmente en la publicidad, no sólo se niegan a emplear a individuos que han pasado de los treinta y cinco años, sino que desconfían de alguien que, a los treinta años, nunca ha sido *fijo*. En cuanto a seguir, como si nada, empleándolos sólo periódicamente, es algo que resulta imposible: la inestabilidad no parece seria; a los treinta años, uno debe haber llegado, o es que no es nada. Y nadie ha llegado si no ha encontrado su sitio, si no se ha hecho su hueco, si no tiene sus llaves, su despacho, su placa.

Jérôme y Sylvie pensaban a menudo en este problema. Les quedaban todavía unos años por delante, pero la vida que llevaban, la paz, muy relativa, que conocían, no se consolidarían nunca. Todo iría desmoronándose; no les quedaría nada. No se sentían aplastados por su trabajo, tenían la vida asegurada, mal que bien, un año tras otro, mejor o peor, sin que la agotara un oficio por sí solo. Pero eso no debía durar.

No se es mucho tiempo simple encuestador. Apenas formado, el psicosociólogo alcanza muy pronto los grados superiores: pasa a subdirector o director de agencia, o encuentra en alguna empresa grande una plaza codiciada de jefe de servicio, encargado de la contratación del personal, de la orientación, de las relaciones sociales, o de la política comercial. Son buenas colocaciones: los despachos están enmoquetados; hay dos teléfonos, un dictáfono, un frigorífico de salón y hasta, a veces, un cuadro de Bernard Buffet en una de las paredes.

Por desgracia, pensaban a menudo y se decían a veces Jérôme y Sylvie, quien no trabaja no come, es cierto, pero quien trabaja deja de vivir. Creían haberlo experimentado, antaño, durante algunas semanas. Sylvie era documentalista en un centro de estudios, Jérôme codificaba y descodificaba entrevistas. Sus condiciones de trabajo eran más que agradables: llegaban cuando les parecía, leían el periódico en el despacho, bajaban con frecuencia a tomarse una cerveza o un café, e incluso sentían por el trabajo que efectuaban, sin matarse, una indudable simpatía, que alentaba la promesa muy vaga de un empleo sólido, un contrato en regla, un ascenso acelerado. Pero aguantaron poco tiempo. Se despertaban con un humor de perros; regresaban, cada noche, en metros abarrotados, llenos de rencores; se desplomaban, agobiados, en su diván, y ya sólo soñaban con largos fines de semana, jornadas vacías, levantarse tarde.

Se sentían encerrados, cogidos en una trampa, completamente liquidados. No podían resignarse a ello. Creían aún que podían ocurrirles tantísimas cosas, que la regularidad de los horarios, la



sucesión de los días, de las semanas, les parecían un obstáculo que no dudaban en calificar de infernal. Y eso que, de todos modos, era el inicio de una buena carrera: se abría ante ellos un futuro prometedor; se hallaban en aquellos instantes épicos en que el jefe juzga a un joven, se felicita *in petto* de haberlo empleado, se apresura a formarlo, a moldearlo a su imagen, lo invita a cenar, le da palmaditas en el vientre, le abre, con un solo gesto, las puertas de la fortuna.

Eran estúpidos —cuántas veces se repitieron que eran estúpidos, que andaban equivocados, que, en todo caso, no tenían más razón que los otros, los que se afanan, los que trepan— pero les gustaban sus largas jornadas de inactividad, sus despertares perezosos, sus mañanas en la cama, con un montón de novelas policiacas o de ciencia ficción al lado, sus paseos nocturnos por las orillas del río y la sensación casi exaltante de libertad que experimentaban ciertos días, la sensación de vacaciones que les entraba cada vez que volvían de una encuesta en provincias.

Sabían, por supuesto, que todo eso era falso, que su libertad no era sino un engaño. Su vida estaba más marcada por su búsqueda casi enloquecida de trabajo, cuando, cosa frecuente, quebraba una de las agencias que los empleaba o se fundía en otra mayor, por los fines de semana en que tenían contados los cigarrillos, por el tiempo que perdían, ciertos días, en lograr que los invitaran a cenar.

Se hallaban en el centro de la situación más trivial, más tonta del mundo. Pero, por más que sabían que era trivial y tonta, se hallaban, con todo, en ella; habían oído decir que la oposición entre el trabajo y la libertad no constituía, desde hacía mucho tiempo, un concepto riguroso; pero era, sin embargo, lo que los determinaba primordialmente.

Los individuos que deciden ganar dinero antes, los que reservan para más tarde, para cuando sean ricos, sus *verdaderos* proyectos, no están necesariamente equivocados. Los que sólo quieren vivir y

llaman vida la libertad máxima, la sola búsqueda de la felicidad, la exclusiva satisfacción de sus deseos o sus instintos, el uso inmediato de las riquezas ilimitadas del mundo —Jérôme y Sylvie habían hecho suyo este vasto programa—, éstos serán siempre desgraciados. Es verdad, reconocían, que existen personas a las que no se les plantea este tipo de dilema, o se les plantea apenas, ya porque son demasiado pobres y aún no tienen más exigencias que comer un poco mejor, estar algo mejor alojadas, trabajar un poco menos, ya porque son demasiado ricas, desde un principio, para entender el alcance, o incluso el significado de tal distinción. Pero en nuestros días y en nuestros países cada vez hay más personas que no son ni ricas ni pobres: sueñan con riquezas y podrían hacerse ricas: ahí es donde empiezan sus desgracias.

Un joven teórico que estudia alguna carrera, luego cumple con honor sus obligaciones militares, se encuentra hacia los veinticinco años desnudo como el primer día, aunque ya virtualmente poseedor, por su mismo saber, de más dinero del que nunca ha podido desear. O sea que sabe a ciencia cierta que vendrá un día en que tendrá su piso, su casa en el campo, su coche, su equipo estereofónico. Sin embargo, lamentablemente esas exaltantes promesas siempre se hacen esperar: por su propia esencia, forman parte de un proceso del que, pensándolo bien, dependen asimismo el nacimiento de los hijos, la evolución de los valores morales, las actitudes sociales y los comportamientos humanos. En una palabra, el joven tendrá que situarse, y eso le llevará al menos quince años.

Semejante perspectiva no es muy reconfortante. Nadie la acepta sin echar pestes. ¡Cómo!, se dice el joven licenciado, ¿voy a tener que pasarme los días detrás de esos despachos acristalados en vez de ir a pasear por los prados floridos? ¿Voy a descubrirme lleno de esperanzas en vísperas de ascensos? ¿Voy a calcular, intrigar, tascar el freno, yo que soñaba con poesía, con trenes nocturnos, con arenas cálidas? Y, creyendo consolarse, cae en la trampa de las

ventas a plazos. Entonces, queda atrapado, y muy atrapado: no tiene otro remedio que armarse de paciencia. Pero ¡ay!, al llegar al final de sus penas, el joven ya no es tan joven, y, para colmo de desgracias, podrá incluso percatarse de que su vida ya está pasada, de que no era más que su esfuerzo y no su meta y, hasta, si es demasiado sensato, demasiado prudente —pues su lenta ascensión le habrá dado una sana experiencia— para decirse tales cosas, no por ello será menos cierto que habrá llegado a la edad de cuarenta años, y que la instalación de sus residencias principal y segunda, y la educación de sus hijos, habrán bastado para llenar las pocas horas que no habrá dedicado al trabajo...

La impaciencia, se dijeron Jérôme y Sylvie, es una virtud del siglo xx. A los veinte años, cuando hubieron visto, o creído ver, lo que podía ser la vida, la suma de dichas que encerraba, las infinitas conquistas que permitía, etc., supieron que no tendrían la fuerza de esperar. Podían llegar, ni más ni menos que los otros, pero lo único que querían era haber llegado. Sin duda eso era lo que se ha convenido en llamar intelectuales.

Pues todo les decía que andaban errados, y, en primer lugar, la vida misma. Querían gozar de la vida, pero, en torno a ellos, el goce se confundía con la propiedad. Querían permanecer disponibles, y casi inocentes, pero los años pasaban de todos modos, y no les aportaban nada. Los otros acababan por no ver en la riqueza más que un fin, pero ellos no tenían ni una perra.

Se decían que no eran los más infelices. Tal vez tenían razón. Pero la vida moderna excitaba su propia desdicha, mientras borraba la desdicha de los otros: los otros estaban en el buen camino. Ellos no eran gran cosa: unos pelados, unos francotiradores, unos lunáticos. Es verdad, por otra parte, que en cierto modo el tiempo trabajaba en su favor y que tenían del mundo posibles imágenes que podían parecer exaltantes. Era un consuelo que convenían en juzgar ruin.

## 6

Se habían instalado en lo provisional. Trabajaban como otros estudian; elegían sus horarios. Paseaban como sólo los estudiantes saben pasear.

Pero los peligros les acechaban por todas partes. Hubieran querido que su historia fuera la historia de la dicha, pero sólo era, demasiado a menudo, la de una dicha amenazada. Aún eran jóvenes, pero el tiempo pasaba rápido. Un estudiante mayor es algo siniestro; un fracasado, un mediocre, es más siniestro aún. Tenían miedo.

Tenían tiempo libre; pero el tiempo trabajaba también en contra suya. Había que pagar el gas, la electricidad, el teléfono. Había que comer, cada día. Había que vestirse, había que pintar las paredes, mudar las sábanas, llevar la ropa a lavar, hacer planchar las camisas, comprar los zapatos, tomar el tren, comprar los muebles.

A veces, lo económico los devoraba completamente. No paraban de pensar en ello. Su misma vida afectiva, en gran medida, dependía estrechamente de ello. Todo indicaba que, cuando eran un poco ricos, cuando andaban holgados, su felicidad común era indestructible; ninguna exigencia parecía limitar su amor. Sus gustos, su fantasía, su inventiva, sus apetitos se confundían en una libertad idéntica. Pero esos momentos eran privilegiados; lo más frecuente era que tuvieran que luchar: a las primeras señales de déficit, no era raro que se alzaran uno contra otro. Se enfrentaban por nada, por cien francos malgastados, por un par de medias, por

unos platos sin fregar. Entonces, durante largas horas, durante días enteros, no se hablaban. Comían uno frente a otro, deprisa, cada cual por su lado, sin mirarse. Se sentaban cada uno en un ángulo del diván, medio vueltos de espaldas. Uno u otro hacía interminables solitarios.

Entre ellos se alzaba el dinero. Era un muro, una especie de tope con el que chocaban a cada instante. Era algo peor que la miseria: los apuros, las estrecheces, la escasez. Vivían el mundo cerrado de su vida cerrada, sin porvenir, sin más salidas que unos milagros imposibles, unos sueños necios, sin pies ni cabeza. Se ahogaban. Se sentían hundidos.

Es cierto que podían hablar de otra cosa, de un libro recién publicado, de un director de cine, de la guerra, o de los otros, pero les parecía a veces que sus únicas *verdaderas* conversaciones se referían al dinero, al confort, a la felicidad. Entonces subía el tono, crecía la tensión. Hablaban, y, mientras hablaban, sentían todo lo que había en ellos de imposible, de inasequible, de miserable. Se ponían nerviosos; aquello los concernía demasiado; se sentían atacados, implícitamente, el uno por el otro. Construían proyectos de vacaciones, de viajes, de pisos, y luego los destruían con rabia: les parecía que su vida más real se manifestaba en su aspecto verdadero como algo inconsistente, inexistente. Entonces callaban, y su silencio estaba lleno de rencor; estaban resentidos contra la vida, y a veces tenían la debilidad de estarlo uno contra otro; pensaban en sus carreras abandonadas, en sus vacaciones sin atractivo, en su vida mediocre, en su piso atestado, en sus sueños imposibles. Se miraban, se encontraban feos, mal vestidos, sin soltura, ceñudos. Cerca de ellos, por las calles, se deslizaban los coches lentamente. En las plazas se iban encendiendo sucesivamente los anuncios de neón. En las terrazas de los cafés, los clientes parecían peces satisfechos. Detestaban a la gente. Regresaban a casa andando, cansados. Se acostaban sin decirse una palabra.

Bastaba que algo fallase, un día, que se cerrara una agencia, o que los consideraran demasiado viejos, o demasiado irregulares en su trabajo, o que uno se pusiera enfermo, para que todo se viniera abajo. No tenían nada ante ellos, nada detrás. Pensaban a menudo en este motivo de angustia. No se les iba de la cabeza, a pesar suyo. Se veían sin trabajo durante meses enteros, aceptando para sobrevivir faenas irrisorias, pidiendo préstamos, mendigando. Entonces pasaban, a veces, momentos de desesperación intensa: soñaban con oficinas, plazas fijas, jornadas regulares, un estatuto definido. Pero estas imágenes inversas los desesperaban tal vez más: no conseguían reconocerse, les parecía, en el rostro, aun resplandeciente, de un sedentario; decidían que odiaban las jerarquías y que las soluciones, milagrosas o no, vendrían de otra parte, del mundo, de la Historia. Seguían su vida tambaleante: correspondía a su inclinación natural. En un mundo lleno de imperfecciones, no era, con seguridad, la más imperfecta. Vivían al día; gastaban en tres horas lo que habían tardado tres días en ganar; a menudo pedían dinero prestado; comían patatas fritas horrendas, fumaban juntos su último cigarrillo, buscaban a veces durante horas un ticket de metro, llevaban camisas arregladas, oían discos gastados, viajaban en autostop, y pasaban, aún con bastante frecuencia, cinco o seis semanas sin cambiar las sábanas. No estaban lejos de pensar que, a fin de cuentas, aquella vida tenía su encanto.